

A LA CAZA DEL ORO BLANCO

MARK KEATING

DEVLIN, EL PIRATA
A LA CAZA
DEL ORO BLANCO

Traducción de Celia Recarey



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Hunt for White Gold*

Diseño de la sobrecubierta: Salva Ardid Asociados

Primera edición: noviembre de 2013

© Mark Keating, 2011

© de la traducción: Celia Recarey, 2013

© de la presente edición: Edhasa, 2013

Avda. Diagonal, 519-521

08029 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso, unidad C

C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires

Tel. (11) 43 933 432

Argentina

E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-350-6259-6

Impreso en Nexus/Larmor

Producción industrial Jose Antonio Cabezas

Depósito legal: B. 24076-2013

Impreso en España

A mis hijos

*La vida no es buena ni mala,
sino únicamente un lugar para el Bien y el Mal.*

MARCO AURELIO

PRÓLOGO

Charles Town, Carolina del Sur, septiembre de 1717

Aunque era el único criado de la casa, el muchacho negro no cocinaba nunca para su amo. El deseo de privacidad de su señor era mayor que su necesidad de esclavos que lo atendiesen, de forma que una de las tareas diarias encomendadas al muchacho era ir a buscar las comidas de su amo a una taberna o posada distinta cada día –su señor había insistido en este punto– y, por lo que había deducido sobre el trabajo de su amo a lo largo del año pasado, tal costumbre no era una simple excentricidad.

Siempre eran cenas sencillas –pescado ahumado y patatas, un filete de ternera o solomillo de cerdo–, pero su amo se preparaba su propio desayuno, unas gachas de miel u ortigas, dependiendo del humor que tuviera, y algún que otro huevo duro a lo largo del día para matar el hambre. El muchacho solía ver a su amo examinar los huevos con una lupa de joyero en busca de pinchazos antes de meterlos cuidadosamente en el agua, pero nunca cuestionaba aquellas extrañas manías. A pesar de su solitaria posición de poder dentro de la casa, seguía siendo propiedad de su amo. El silencio era su mejor atributo.

Las farolas habían comenzado a encenderse a lo largo de las paredes de la calle, y el toque de queda para esclavos

sin escolta era una de las normas más estrictas de la colonia. El muchacho comenzó a apresurarse con su bandeja de plata llena de ternera con chiles habaneros. Cruzó la calle con los ojos clavados en el plato que le calentaba los brazos a través de su levita escarlata, concentrándose tan intensamente en mantener el equilibrio que no vio el puño de terciopelo negro que estuvo a punto de arrancarlo del suelo.

Dio un respingo. La robusta mano lo sujetaba con fuerza y el muchacho miró con los ojos muy abiertos el rostro del hombre que lo había atrapado. Tenía quince años, pero no era alto para su edad, y tuvo que mirar hacia arriba para ver el rostro pálido y la barba elegante, afeitada tan fina como el filo de un cuchillo.

El jubón bordado de color púrpura, la capa negra y el largo cabello negro azabache conferían al hombre una apariencia casi medieval, como una figura extraída de una vidriera antigua. A pesar de la violencia de la detención, su voz era suave como el armiño y sus ojos se movían velozmente, alerta en busca de testigos.

–Llévame con Ignatius. –Había un dejo extranjero en su voz–. No voy a hacerte daño, muchacho –prometió, pero el guardamano dorado que vio a su costado sugería otras posibilidades.

–Mi amo no recibe visitas –replicó el muchacho con valentía, plantando cara a los maliciosos ojos del hombre alto.

El puño enguantado lo zarandeó bruscamente.

–¡A mí sí me recibirá! –Empujó al muchacho calle abajo, cruzando la mano derecha por delante del cuerpo para hacerla reposar sobre la guarnición de la espada. El muchacho obedeció.

* * *

El hombre del traje negro estaba sentado en el escritorio de su despacho, en su casa de alquiler de Charles Town. Era un edificio elegante, tan elegante como el del teniente coronel Rhett, adalid de Charles Town, pero sombrío, sin la campechanía y la gallardía que la presencia del soldado y afamado azote de los indios parecía conferir a su residencia.

El pueblo no sabía nada del forastero vestido de negro que se había instalado entre ellos. Había alquilado la casa al mismísimo gobernador Johnson hacía más de un año, pero no se paseaba por sus soleadas calles ni frecuentaba ninguna de las iglesias, inglesas o francesas, que ya habían dado fama a la ciudad.

Las lámparas parpadeaban en las ventanas del forastero durante toda la noche, y los niños de Charles Town ya habían empezado a murmurar que la casa estaba encantada.

Su escritorio de roble estaba sepultado bajo un montón de papeles y legajos cuya sombra oscurecía aún más al hombre de negro. Su ágil cuerpo se encorvaba sobre el papel y la pluma mientras garabateaba como una viuda frustrada que borda su pasado. La habitación también estaba en penumbras, sus rincones apenas recibían algo de luz de la única vela que ardía, casi consumida del todo, sobre el escritorio. No se percató de que había llegado la hora de cenar, y su reloj Dasser de plata, abierto, ticqueaba sin que le prestase la menor atención. Sólo el golpe en la puerta de su estudio le hizo abandonar la pluma y abrir el cajón donde guardaba la pistola.

La llamada no fue el acordado repiqueteo de tres toques, sino un único golpe contra la puerta. Su muchacho no venía solo. El hombre de negro semiamartilló la pistola y la dejó en el cajón abierto. Consultó su reloj. Eran las siete en punto, y su cena todavía no había llegado. Eso podía esperar por el momento.

—Adelante —ordenó con la mano derecha bajo escritorio.

La puerta se abrió de par en par y el criado fue empujado hacia el interior de la estancia, trastabillando con la bandeja en las manos. El hombre del jubón púrpura entró haciendo una reverencia en la estancia, que la luz del pasillo iluminó brevemente. El resplandor a su espalda lo enmarcó con precisión, convirtiéndolo en el objetivo perfecto.

–Aquí estoy, Ignatius –dijo el hombre, echando su capa hacia atrás–. Por favor, disculpe mi ruda presentación. Deseaba que mi llegada a su ciudad fuese lo más discreta posible. Espero no haberlo importunado.

Ignatius cerró el cajón.

–En absoluto. Valoro la discreción por sobre todas las virtudes.

Su visitante hizo una nueva reverencia y señaló al aterrorizado sirviente.

–Por favor, no permita que interrumpa su cena.

Ignatius mandó retirarse al muchacho, que hizo una dócil reverencia, agradecido por poder cerrar la puerta tras de sí y poniendo cuidado en que no se le cayera la bandeja. La estancia volvió a sumirse en la penumbra.

–La cena no tiene relevancia alguna. Lo importante es que por fin está aquí, gobernador Mendes.

El visitante se acercó con gesto curioso y aceptó el asiento que se le ofrecía. Ignatius nunca había visto a Mendes, no conocía su rostro, pero la expresión de curiosidad no le pasó desapercibida.

–Conozco a todas las personas que necesito conocer, gobernador. Pero presto especial atención a aquellas cuyas cartas más me intrigan.

–¿Le intrigan? –A Valentim Mendes le hizo gracia el término–. Buena elección de palabras. –Se sacudió parte del polvo que el largo viaje desde San Nicolás había depositado sobre el caro paño de su jubón. Su isla en el archipiélago

portugués de Cabo Verde era la sede de su gobernación y la cuna de su venganza. Una noche, hacía varios meses, había bastado para cambiar su vida, para hacerle contratar a un hombre en la otra punta del mundo; un hombre conocido en todas las cortes europeas, aunque sólo fuese mediante los rumores intercambiados entre bocas principescas.

Se le ofreció un trago y declinó la invitación. El mundo de Ignatius era demasiado grande para andarse con menudencias, de modo que cogió la carta escrita por Valentim.

—Su misiva me informa de que sabe usted dónde se encuentran las cartas del sacerdote. El arcano que yo creía perdido con el barco pirata en el que se hundieron. Cartas por las que pagué una suma considerable a un joven capitán para que me las trajera desde la China. Debo felicitarlo por lograr averiguar aquello que yo no pude. Esta información es muy valiosa, y no sólo para mí.

Los ojos negros de Valentim se entornaron con el gesto altanero propio de un noble.

—No me interesa su precio, Ignatius. Que hombres más innobles traten con el demonio, si quiere usted la porcelana es asunto suyo. Desde mi... deshonra... persigo ideales más elevados.

—¿Deshonra? Tengo entendido que perdió una fragata a manos de unos piratas. En abril, ¿no es así? La misma época en que yo perdí mis cartas en el barco de Bellamy. Sin duda ambos hemos sufrido pérdidas costosas, puesto que hemos dejado entrar a los piratas en nuestro mundo, pero difícilmente se trata de una deshonra personal, gobernador.

Valentim se inclinó hacia delante, y pronunció con cuidado sus palabras para el ignorante:

—Ustedes los ingleses no entienden el significado de la deshonra.

Ignatius asintió con la cabeza.

–O quizá tenemos poca experiencia al respecto, gobernador. –Se llevó los dedos a la barbilla–. ¿Y cuál es mi parte del trato? ¿Qué necesita de mí que está fuera de su alcance de hombre de mundo?

Valentim miró al techo, tratando de reunir fuerzas para pronunciar las palabras que hacía tanto deseaba decir.

–No conozco en profundidad su profesión y su fina red de contactos, Ignatius. Sus habilidades, tan alabadas, superan mi alcance y mi poder, especialmente en el llamado «Nuevo Mundo». Y estoy seguro de que también en los bajos fondos de éste. –Ignatius inclinó la cabeza ante lo que tomó como un cumplido–. Por ello acudo a usted. Mi información y mi cartera están a su disposición, siempre y cuando sea usted capaz de encontrar al hombre que busco. –Valentim dirigió un dedo enguantado a Ignatius–. Y él será el enviado a recuperar sus preciadas cartas, el hombre que debe ser traído ante mí para pagar. El hombre al que debo matar. Ése es mi precio, Ignatius.

Ignatius estudió el rostro de Valentim. Los complejos vericuetos del odio siempre habían sido la carta de presentación del noble. Eso lo había aprendido pronto. A poco más debía su éxito.

–¿Y quién es el hombre que desea que encuentre, gobernador? ¿Cuáles son esos «bajos fondos» en los que quiere que hurgue?

Valentim se puso en pie de un salto y rodeó su asiento. Ignatius pudo oír cómo la enguantada mano izquierda de Valentim producía un curioso tañido en el respaldo de la silla. Sus ojos la siguieron mientras Valentim comenzaba a caminar por la estancia. Había algo antinatural en su tamaño y flaccidez.

–¡No me tome por un hombre mezquino, Ignatius! Busco una reparación personal de alguien que me ha arrebatado algo más que unas monedas!

–Mis disculpas, gobernador. En ocasiones pierdo las formas cuando paso tanto tiempo sin compañía. Infórme-me acerca de ese villano que desea que localice y traiga ante usted. ¿A quién está buscando?

Valentim volvió al escritorio; en su apasionamiento, su refinado inglés volvió a adoptar las características del de un extranjero titubeante.

–¡Es un pirata! ¡Un sucio y apestoso perro pirata! Se llama Devlin. Se hace llamar «Patrick Devlin, el pirata». Sin duda habrá oído hablar de él, ¿no?

Ignatius se alisó la corbata de seda blanca. Se aclaró la garganta ante la vehemencia de Valentim.

–Estoy seguro de que tendré noticias de él. –Cogió un cálamo, y atrajo hacia sí una hoja de vitela. Valentim prosiguió, furioso, tratando de instilar mentalmente su odio en la pluma de Ignatius.

–¡Me robó mi barco! ¡Asesinó a mi amigo! ¡A mis hombres! ¡Tome nota de ello! –Su mano izquierda golpeaba el escritorio de roble con cada arrebato, y los ojos de Ignatius observaban su movimiento antinatural con cada enfático gesto.

Valentim se arrancó el guante de la mano.

–¡Y con esto hizo su afrenta aún mayor!

El guante cayó al suelo, y Valentim mostró el frío molde de porcelana con forma de mano que sobresalía de su manga, con su elegancia mutilada por las toscas correas de cuero y los clavos que la sujetaban a su brazo. Se remangó para mostrar las blancas cicatrices que, como cera derramada, recorrían su antebrazo.

–¡Esto es lo que me ha hecho! ¡Por esto tomará nota de su nombre, Ignatius! ¡Por esto lo traerá ante mí! ¡Y por esto podrá hacerse con sus cartas!

Ignatius garabateó algo en el papel que tenía ante él. Valentim observó cómo la tinta dibujaba el nombre.

–Está escrito, gobernador, hecho –declaró Ignatius, con una voz tranquilizadamente fría–. Llevará su tiempo. Un hombre ocupa muy poco espacio en el mundo. –Volvió a colocar la pluma en el escritorio.

Valentim examinó su mano de porcelana, con los dedos permanentemente a medio abrir, como si se dispusiesen a agarrar un objeto de deseo.

–Y cuando lo encuentre, amigo mío, le diré dónde se encuentran las cartas. Pero no antes.

Ignatius sonrió con gesto cansado.

–Ustedes, los ibéricos, siempre con amenazas. Qué aburrimiento. –Se recostó en su silla y se estiró–. No tengo por costumbre prestar atención a quienes me amenazan. Ninguna costumbre.

Su mano izquierda señaló hacia la parte más oscura de la estancia.

–Permítame presentarle a mi ayudante de campo.

Valentim giró la cabeza. Vio moverse a la mismísima pared. Una silueta emergió de la penumbra, demasiado alta y fornida para ser humana. Dio un paso hacia el círculo de luz, y el despacho encogió cuando Valentim alzó la mirada hacia los mortecinos ojos separados sobre la masiva nariz rota que convertía su respiración en un gruñido grave. Sus músculos palpitaban y se tensaban bajo una fina camisa, como si fuera un caballo luchando por liberarse, como si aquella bestia fuese a explotar si Valentim la miraba durante demasiado tiempo.

–Éste es el señor Hib Gow, gobernador –reveló Ignatius tranquilamente, con el sonido de fondo de la respiración–. Antes era verdugo. Ahora es mi asegurador.

La mano de Valentim buscó a tientas el guardamano dorado de su espada, mientras sus ojos permanecían fijos en el gigante. Su voz sonó casi adormecida:

–¿Asegurador?

–Se asegurará de que el hombre que busca sea encontrado. Y también se asegura de que yo no tenga que escuchar ociosas amenazas de quienes desean hacer negocios conmigo.

Valentim recuperó su grácil postura, su mano se alejó de su arma.

–Entiendo. No pretendía insultarlo, Ignatius, sólo proponerle un trato. De acuerdo con el cual, recuerde, le prometo abonar el precio que exija. Precio que, naturalmente, no pagaré si algo... –Obvió el resto de la frase encogiéndose de hombros.

–Naturalmente –asintió Ignatius, e indicó a Hib Gow que regresase a su rincón–. Mientras nos entendamos, gobernador... –Retomó su pluma–. Empecemos.

CAPÍTULO I

Se decía que el secreto estaba en la arcilla. Tenía que ser así. En la arcilla o en algo arcano, mágico, como el misterio de la seda siglos atrás. Sin embargo, aquel misterio resultó ser algo mundano, natural. Unos huevos de gusanos de seda robados por dos sacerdotes en sus bastones huecos lo sacó a la luz.

La loza china acabaría siendo igual. Tenía que ser así. Y, como con la seda, como con el milagro de la pólvora antes que ella incluso, si un hombre era capaz de hacerla, otro sería capaz de robarla.

La Compañía de Jesús se había integrado cómodamente en la sociedad china bajo la dinastía Ching. El emperador Kangxi, en su sabiduría, había recibido los navíos comerciales de Occidente con los brazos abiertos. En pocos años, las mercancías chinas se habían puesto de moda entre las élites de toda Europa y, prácticamente a cambio, los jesuitas se habían postulado como los principales embajadores del mundo occidental.

Pasada una década, se habían convertido en reputados astrónomos y matemáticos en la corte Ching, se les permitía traducir hasta los textos sagrados de Confucio e introducir en Europa aquella fe relativamente naíf como una religión creíble, a pesar de la inicial aversión de los jesuitas hacia la veneración de los chinos por sus ancestros y su evidente propensión a la idolatría.

Uno de dichos jesuitas, engalanado con togas chinas, costumbre que los sacerdotes habían adoptado con los años, se abrió camino a base de reverencias hasta el mismo corazón de las tierras donde se producía la porcelana de Kangxi, Jingdezhen, y se convirtió en el primer europeo en descifrar el último gran misterio de la China: la creación de la verdadera porcelana, la exquisita loza que desde entonces se convirtió en el «oro blanco» de Europa.

Y tomó nota de todo.

En un abrir y cerrar de los ojos de la Historia, las naciones de Europa, de la rica y pacífica Europa, se habían enamorado de los lujos que ofrecía el Nuevo Mundo.

El chocolate, antaño deleite celestial únicamente de la realeza española, corría ahora, si bien a muy alto precio, junto con el café y el té, por los nuevos clubes de caballeros que surgían por todo Londres.

Ya fuese uno conservador o liberal, dependiendo de lo lejos que se avanzase por Saint James, se topaba uno con una chocolatería donde, se advertía, «se reunían los desafectos y divulgaban escandalosos detalles sobre la conducta de Su Majestad y sus ministros», o se conspiraba para sacar algún provecho de las prolongadas ausencias del rey.

Y, cuando toda Europa hubo desarrollado su afición por las bebidas calientes del Nuevo Mundo, la demanda de la fría y elegante porcelana china recorrió las calles empedradas de las ciudades europeas desde los salones de la realeza hasta las chocolaterías y cafeterías.

En 1710, gracias a la ciencia, el esfuerzo y la buena fortuna, el margraviato de Meissen, en Alemania, empezó milagrosamente a producir su propia porcelana. Aunque inferior a la china, las alabanzas a la misma resonaban por el mundo como las campanas de porcelana de su Frauenkirche; el tañido de las copas y soperas sajonas se burlaba de los inten-

tos de franceses e ingleses por imitar la elegante porcelana china que había cautivado al mundo.

Las bebidas calientes se habían convertido en el signo de la civilización. El chocolate prolongaba la vida y acrecentaba la virilidad; el café estimulaba cerebro y corazón, y era más exótico que los diamantes, como llegado de otro universo. Estas nuevas mercancías se comercializaban más y a mayor precio que el anticuado opio y el paño, y así se hicieron fortunas y nacieron empresas que superarían en longevidad a imperios enteros.

Pero estos gloriosos lujos tenían todos el mismo inconveniente. Para saborearlos y apreciarlos en toda su intensidad deben estar calientes, demasiado calientes para ser servidos en plata, peltre u oro. Los servicios de mesa de los reyes se habían convertido ahora en un bochorno para sus invitados y, por más empeño que los ceramistas ingleses y franceses pusieran en ello, sólo obtenían penosas imitaciones de la porcelana china.

Un ceramista inglés afirmaba que la arcilla que contenía el secreto de la frialdad de la porcelana sólo podía obtenerse en las Américas, pues había descubierto lozas indígenas que poseían las mismas propiedades. La Compañía de los Mares del Sur declinó su oferta para invertir en posteriores exploraciones.

* * *

En 1712, el padre D'Entrecolles escribió su primera carta al padre Orry, que se encontraba en París, describiendo el proceso completo, la cocción y la fórmula de las porcelanas chinas de pasta blanda y de pasta dura. La carta no logró salir de China, pero abundaban los rumores de que el secreto había sido desvelado. La primera carta pronto se volvió más

valiosa que el producto cuya manufactura describía. El padre D'Entrecolles se sumió de nuevo en su misión y no volvió a escribir a su ministerio en ocho años. Cualquier país o individuo que lograra descubrir el paradero de la primera carta del padre D'Entrecolles poseería el secreto del primer gran producto industrializado del siglo XVIII.

* * *

El capitán William Guinneys consiguió comprar la primera carta del padre D'Entrecolles a Wu Qua, de los *hongs** de comercio exterior, para vendérsela a un hombre, conocido únicamente como Ignatius, en las colonias norteamericanas. Completada la transacción, Guinneys inició una travesía transoceánica tan prolongada como su presuntuosa sonrisa.

En tanto que en Londres los acreedores de Guinneys se enjugaban la frente, aliviados, la cacería generalizada de la carta obligó a Ignatius a enviarla a un lugar secreto para salvaguardarla. Encomendó esta tarea a unos piratas, creyendo que sin duda no tendrían interés en las costumbres de otros hombres más allá del contenido de sus carteras.

Mandó a un capitán pirata, un tal Sam Bellamy *el Negro*, así llamado por su abundante melena negra, que llevase las cartas al norte, selladas en un oxidado cañón de bronce chino, sabiamente elegido por Guinneys como acertado escondrijo.

Pero la argucia no bastó para ocultar las cartas a los vengativos dioses chinos.

Una tormenta cerca del cabo Cod –una auténtica vorágine surgida de la nada– ahogó a Bellamy y hundió su barco,

* Casas de negocios chinas que regulaban comercio, manufacturas y otras áreas de la economía. (*N. de la T.*)

la galera *Whydah*. Era abril de 1717, y las cartas se perdieron de nuevo: los dioses quedaron satisfechos. Por un tiempo.

Completada su tarea, William Guinneys, con los bolsillos lo bastante llenos como para no tener que preocuparse por el recorte de su sueldo en tiempos de paz ni por los hombres de trajes negros y corazones más negros aún que gobernaban las olas a golpe de tinta y pergamino desde Leadenhall Street, seguía danzando de la metrópolis a las factorías chinas e indias y aguardaba que la guerra lo sacase de la calma chicha de los libros de cuentas de la Compañía.

Dos años más tarde, sable y pólvora ponían fin a su primera y última experiencia en la batalla. No a manos de los españoles ni de los franceses, como él hubiera deseado, sino de un limpiabotas venido a más convertido en capitán pirata. El pirata Devlin fue su verdugo.

* * *

Guinneys no había hablado a nadie de la carta. No había necesidad; la carta hablaba por sí misma.

Pero primero tenía que volver a saberse de ella.

CAPÍTULO II

Madagascar, junio de 1718

Un año después de la desaparición de las cartas.
Un año después de que Patrick Devlin
se convirtiera en pirata.

Fue el inicio de una tormenta lo que envió a tierra a Albany Holmes y George Lee, a la costa de Madagascar, huyendo del firmamento oscuro y de las olas elevadas, para secar sus zapatos parisinos por las calles sinuosas del puerto de San Agustín. Su capitán había decidido que un día o dos en un puerto seguro reduciría el riesgo de que un chubasco se convirtiese en una tumba abierta en aguas más profundas. Y siempre que uno se limitase a moverse por los pueblos, los rumores sobre los piratas de la isla se quedarían en eso, en meros rumores.

Les habían dicho que el país era diez veces mayor que su Reino Unido y que, si bien había en él incontables reinos y príncipes, apenas había dinero para alimentar a los niños color café que se arremolinaban en torno a muelles y playas.

Ambos habían viajado más allá de los perímetros habituales del Grand Tour que ocupaba a numerosos caballeros solteros de determinada posición, y ahora ampliaban sus horizontes más aún para probar los ojos almendrados y el ca-

bello negro azabache que encerraban todas las promesas de los mares de Oriente.

Habían ignorado los ruegos y advertencias de su capitán para que no se alejaran de las tabernas y burdeles holandeses y franceses que llenaban la bahía de San Agustín, y decidieron tomar los serpenteantes caminos empedrados que conducían a las colinas hasta que se tornaron senderos de tierra, y los civilizados ruidos de carros y cascos fueron sustituidos por el airado cacarear de gallinas cluecas a su paso y el monótono balido de las cabras al borde del camino.

Atravesaron las haciendas y aspiraron el aroma de los cerdos salvajes que se asaban en espetones sobre fuegos de leña junto a las cabañas. Cautos ojos blancos seguían el camino de los coloridos galanes que se pavoneaban ante ellos.

A Albany y George les resultaba inquietante el cálido y humeante poblado y sus gentes oscuras y demacradas, y sentían las miradas silenciosas que se posaban sobre sus espaldas. Quizás habían ido demasiado tierra adentro.

Fue un alivio cuando oyeron unas voces cantando en inglés en el interior de la taberna de piedra que dominaba la colina. Apuraron el paso, atraídos por el embriagador aroma a tabaco y serrín empapado de cerveza que los invitaba a cruzar el umbral.

Entraron al calor de la estancia, y una bocanada de repentino silencio flotó sobre sus cabezas, tan fuerte como el humo de pipa, al tiempo que varios rostros se volvían hosca-mente a mirarlos.

Los parroquianos los examinaron con gesto grave y retomaron sus partidas de cartas y sus jarras de cuero; los murmullos y canciones volvieron a bullir lentamente: no eran más que un par de señoritos. No valía la pena mirarlos una vez, mucho menos dos.

–Quizá deberíamos regresar al puerto, Albany –susurró George–. No estoy convencido de que esta empresa haya sido prudente.

Albany Holmes no había reulado en su vida.

–Vamos, George. Ésta es la verdadera aventura, ¿no crees? Apuesto a que estos desgraciados conocen las mejores brevas que esta isla puede ofrecer, ¿y no quieres tener algo que escribir en ese libraco tuyo? –Alzó una ceja mirando a un borrachín barbudo inclinado sobre su jarra–. Estoy sediento, George.

Recorrieron el suelo cubierto de serrín en dirección a la barra, con el bastón de ébano de Albany repiqueteando a su paso como el de un ciego, y se hicieron sitio a codazos.

–¡Tabernero! –Albany llamó al oso con delantal de cuero que se encontraba detrás de los tablones clavados que hacían las veces de barra–. Un par de vasos de ron y una garrafa para mi amigo y para mí. –Puso sobre la barra un dólar holandés y lo empujó hacia el oso–. Y preferiríamos unas jarras de peltre en lugar de las de cuero que les pone aquí a sus parroquianos, si no es mucha impertinencia, señor.

El oso se plantó delante de ellos, sin apartar sus ojos entornados de la moneda de plata. Colocó ruidosamente unas copas de peltre y la botella verde llena de vino sobre el mostrador y, con gesto desganado, comenzó a llenar unos vasos de madera con una melaza marrón procedente de un barril que había sobre la barra. Los colocó ante Albany y George, y recogió el dólar en un mismo movimiento.

–Muy agradecido, señor. –Albany esbozó una sonrisa y echó el vino en los vasos, colocando uno de ellos en las nerviosas manos de George. Se volvió para contemplar la estancia, observando los sucios rostros sin afeitar y las anchas espaldas inmersas en las partidas de cartas y la bebida de las mesas. No había ninguna mujer, suspiró Albany. No impor-

taba. En un día o dos estarían en otro puerto—. Vamos George, busquemos asiento.

—Me temo que esa tarea va a resultar difícil, Albany —observó George, al tiempo que daba un trago lleno de disgusto a su vino—. Esto está lleno hasta los topes.

—Tonterías —casi gritó Albany, atrayendo con su elevado tono de voz la mirada de una cara cubierta de cicatrices en el otro extremo de la barra—. Allí hay un paisano durmiendo. —Alzó su bastón para indicar un banco con cojines junto a la puerta donde una ventana con un cristal amarillento iluminaba penosamente el antro—. No le importará moverse un poco para hacer sitio a dos ingleses.

George siguió el bastón hacia el banco y la mesa.

Efectivamente, un vagabundo se había hecho con una parte bien iluminada de la taberna. Llevaba tan sólo una camisa y un chaleco, y un tricornio negro caía sobre su frente dormida, al tiempo que sus piernas, calzadas con una largas botas de cuero marrón, reposaban, cruzadas, sobre la tosca mesa.

—Se lo ve muy tranquilo, Albany —certificó George—. Quizá deberíamos dejarlo en paz.

Albany ya había empezado a moverse, garrafa en mano, dejando que George se las viese con los vasos y las copas.

Albany colocó vigorosamente la botella verde sobre la mesa, derramando unas gotas, con la esperanza de despertar al hombre de su ebria siesta, pero el sombrero permaneció calado, y las botas plantadas en la mesa.

Cogió las copas y los vasos que traía George y los colocó con igual fuerza en distintos puntos de la mesa para reafirmar su intención, pero consideró prudente no tocar la botella de barro que había junto a las piernas del ocupante.

Albany observó al hombre. Era alto, e iba mugriento debido al tiempo o al trabajo, pero vestido en recio lino holandés con un chaleco de damasco negro que costaba el sa-

lario anual de un hombre común. Sus botas, sin embargo, eran más viejas que Albany. Eran quizás españolas o francesas, a juzgar por su fino corte y la calidad de las puntadas que seguían dejando a los zapateros ingleses dándose de cabezazos, pero el cuero estaba mustio y gastado. Probablemente eran robadas, supuso Albany.

Alzó su bastón negro y golpeó los tobillos del hombre.

—¡Señor! —dijo—. Sea tan amable de hacer sitio a dos caballeros que desean sentarse un rato, si no le es molestia.

Silencio. El sombrero ni se movió. Albany frunció los labios, intercambió una mirada con George y empezó de nuevo.

—Oiga usted —lo pinchó con la puntera de plata del bastón—, deje sitio a dos caballeros que desean sentarse. No me parece que sea tan tremenda molestia acomodar a dos personas más en este espacio. ¡Muévase ya!

George se bebió de un trago su copa de ron, al tiempo que recorría con los ojos la estancia, con la mano libre a la espalda tan alejada de su pistola y su espada como era capaz de mostrar que estaba.

El sombrero negro se movió levemente.

—Estoy cansado, caballero. —Un suave acento irlandés salió de debajo del ala—. Déjeme tranquilo.

Albany volvió a mirar al hombre de arriba abajo. No veía ninguna pistola. Ninguna empuñadura. Sus ojos se desplazaron hacia la puerta, donde un gancho sostenía un abrigo negro de sarga y un cinto del que colgaba una espada.

—Tengo a bien advertirle, caballero —la mano de Albany tiró, con el más leve chirrido, de la parte tallada de su bastón espada, orgullo de Londres y Birmingham—, que no sería prudente por parte de un hombre desarmado cuestionar las acciones de un caballero de mi condición.

Albany saboreó la sal del sudor que caía de su labio superior. Aquélla era la razón por la que había viajado. Aquello

era Londres y todo París de un solo trago. Su bastón espada parcialmente desenfundado, el ferviente ardor de la próxima batalla en el turgente aire. Un vagabundo borracho y desarmado desafiándolo.

El haragán bajó los pies de la mesa, sólo para llenar aún más el banco con su lánguida forma, sin mostrar nunca los ojos por encima de la sombra de su sombrero. Su voz no había perdido el tono adormecido de su primer parlamento.

–Soy de la opinión de que últimamente no tengo necesidad de andar armado tan a menudo. –Se caló más el sombrero, al tiempo que cien chasquidos y crujidos de martillos de pedernal y vainas llenaban el aire tras los dos caballeros–. Encuentro que duermo mejor así.

–Albany, muchacho –George tocó nerviosamente el hombro de seda de su espigado compañero, que ya se había vuelto al oír el ruido de los chasquidos. Se quedó mirando, rígido, con la mano en el bastón, la habitación llena de pistolas negras en respuesta a su mirada. Los rostros de los hombres parecían minúsculos detrás de sus armas, comparados con los enormes cañones que apuntaban hacia cada pulgada de su cuerpo.

Albany agarró con más fuerza su bastón espada a medio desenvainar. Luego, silenciosa y discretamente, devolvió el reluciente acero a su lugar.

–No pretendíamos ofenderlos, caballeros. –Ejecutó una dolorosa reverencia–. Nos quedaremos de pie. No deseamos privar a un hombre trabajador de su descanso.

–Ya se pueden ir despidiendo de la luz del día, caballeros –suspiró el individuo somnoliento, que ahora había apartado su sombrero y había puesto los pies en el suelo–. No han tenido suerte aquí.

Se sentó bien erguido. Albany y George contemplaron su rostro bronceado y la maraña de pelo negro que sobresalía por debajo de su tricornio ladeado.

Albany se sorprendió al ver su fría y cínica mirada, más caballerosa y solemne de lo que había supuesto. La suave voz prosiguió:

—¿Qué trae a tan coloridos individuos a las tierras de los malgaches? Sólo los piratas y los locos recalcan en estas costas. O las almas perdidas. Y sólo los fantasmas acuden a estas colinas. Yo mismo me he aventurado demasiado lejos. Los imbéciles endogámicos del capitán Avery rondan estos andurriales. —Dio un trago a su botella de barro y echó un vistazo a las armas de sus hermanos, todavía alzadas en la penumbra.

Posó la botella con un sonoro golpe, e indicó con un gentil manotazo que bajasen sus pistolas. Un momento después, los dos mequetrefes extraviados no vieron sino espaldas: los parroquianos habían retomado sus murmullos y sus botellas.

Albany recuperó la voz.

—Estamos varados aquí, señor, evitando la tormenta que se avecina. —A continuación, añadió con galantería—: ¿Puedo saber a quién me dirijo, si me permite dirigirme a usted, caballero?

—Soy el hombre que lo ha dejado vivir, señor. Eso es todo.

—En ese caso, bien dicho —prosiguió Albany—. Yo soy Albany Holmes, y éste es George Lee, un par de caballeros fuera de su país y carentes de experiencia. —Exhibió una sonrisa afectada—. Si sabe a lo que me refiero. —Albany aún mantenía la esperanza de sacar al individuo información sobre lugares de perdición, a pesar del mal pie con que habían iniciado su conversación.

El pirata estaba disfrutando del intercambio. Una desenfadada sonrisa de medio lado iluminó su rostro, aunque sólo por un momento.